



## Persona, Personaje, Personalidad

**Fuente:** Reflexiones II, En Busca de Uno Mismo por Eduardo Bonnín Aguiló

En el Movimiento de Cursillos, la persona es el eje de nuestra inquietud. Entendemos a la persona como un ser para el amor. Muchos se sienten alejados del Evangelio, porque los cristianos no hemos acertado a transmitirles, a través de la amistad, que el amor que buscan está, gracias a Cristo, a su alcance, dentro de sí mismos y en los hermanos.

La persona es el reflejo, la expresión y el brillo de la intención concreta de Dios sobre un ser humano. Ser persona es una realidad siempre abierta a la facultad de serlo más y de serlo mejor. El Cursillo propicia que la persona emerja, se concientice, se dinamice, creyendo la verdad y posibilitando el bien en la amistad.

Persona es quien se sabe capaz de amar y digno de ser amado, quien se sabe limitado, condicionado y parte integrante de un todo. La auténtica revolución de conceptos que los Cursillos plantean se centra en que la persona descubra su propio valor por lo que es —por su capacidad de amar y ser amado— no por su poder, su saber y su tener.

Quien se siente médico o mecánico antes que persona, quien confunde sistemáticamente su patrimonio personal con su patrimonio físico, cultural o crematístico, acaba renunciando a su identidad como persona.

Cada persona es fuente individual y permanente de valores vivos. Es alguien singular, único, irreplicable, in- canjeable, intransferible, abierto a su propio valor y al de los demás, con percepción crítica para darse cuenta de los valores que valora y de sus propios éxitos y fracasos.

El hombre no es un ser acabado, estático, delimitado, sino abierto, dinámico, libre. El hacer de Dios rima con el hacerse del hombre. Cristo es la culminación de nuestro desarrollo. Esto tiñe la realidad con unos matices particulares y permite una determinada forma de mirarla. Las mayores realidades de Dios colman las mayores aspiraciones del hombre.

Los Cursillos han nacido con el expreso propósito de ser un movimiento, no una organización y rechazan, por consiguiente, cualquier forma de masificación. El concepto de persona es, sin duda, uno de los componentes esenciales del pensamiento fundacional de Cursillos.

Los Cursillos no son, en efecto, una organización, pues no pretenden reunir a la gente y tratar de organizar- la. Los Cursillos quieren ser un Movimiento que mueva por dentro a la persona hacia la verdad que le puede motivar, orientar y planificar. El impulso que le dio el Cursillo tiene que manifestarlo el cursillista en la mismísima vía de su

normalidad. Ello hace que sólo su intención le distinga de los otros, y aún esto, sin caracterizarlo de forma netamente destacada.

Nunca se puede juzgar desde fuera, porque el hombre es lo que es su intención. Y la intención jamás podremos conocerla si quien la encarna no se nos abre y la expresa en la trayectoria de su dirección voluntaria y reflexiva. La punta a que apunta la punta más interior de una persona jamás puede ser no ya vista, pero ni siquiera interpretada por nadie más que por el propio interesado. La persona es un valor por sí misma, que hemos de tener siempre en cuenta y valorar.

El hombre se revela más y mejor en sus reacciones que en sus acciones. Su manera de reaccionar ante un éxito, un fracaso, un acontecimiento, evidencia cómo es de verdad. Más importante, pues, que la acción es la reacción que se produce en el interior de la persona.

El Cursillo actúa en la persona como un fermento que fermenta el vivir. Dilata y ensancha la visión, fundamenta y afirma la convicción, motiva y estimula la decisión, hace grata y atractiva la constancia. El Movimiento de Cursillos ha posibilitado que millones de hombres y mujeres, en los cinco continentes, hayan conocido el valor de ser personas y dejar de ser simples individuos.

“Por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre” (Antonio Machado). El superior valor de lo humano magnetiza más a las personas que el alto valor de la ciencia, la técnica, el arte o la destreza, que son capaces de crear grandes personajes, sin que sobresalga en ellos el valor de lo humano.

El hombre es más hombre por la actitud que adopta frente a lo que no puede, que por lo que puede. La persona suscita admiración. El personaje causa envidia a los iguales y admiración a los tontos. El personaje, si no es controlado, se come a la persona.

La persona, lo que somos en realidad, vale más que el personaje que estamos llamados a representar en el gran teatro del mundo. Somos siempre más importantes que nuestro “rol”. De ahí que uno puede a veces darse cuenta de que hay “más persona” en un botones del banco que en el director.

La persona incide en el grupo, en la comunidad y en el mundo con su normal espectro de identidad coherente, desplegando sus capacidades de amor, comprensión, perdón, posibilitando lo posible y pidiendo a Dios lo imposible.

Personalidad es la capacidad de darse cuenta de que se es persona, cuando las circunstancias obligan a tener que ser personaje. O también, la agilidad con que se vuelve a ser persona, una vez que se ha dejado de ser personaje. Hay que procurar que el personaje no sojuzgue ni elimine a la persona.

Todos los hombres son iguales..., pero unos más que otros. Uno es, al otro le duele no ser, aquel quiere ser.

Desde la creación, el hombre es sustancialmente el mismo: huye de sus miedos y va hacia sus aspiraciones. La conciencia perenne de esta alternativa es lo que le hace esencialmente hombre, le da la facultad de poder pasar de individuo a persona y de

sentirse frustrado cuando se desvía de su trayectoria personal que le conduce hacia su concreta y específica plenitud: sentirse amado y poder amar.

Ser fuerte, hábil, útil. Fuerte con fortaleza activa y pasiva. Hábil, con aptitud y actitud. Útil, para servir a los otros y servirse a sí mismo. Y siempre con conciencia de singularidad, originalidad, creatividad. Ser singular no es singularizarse. Originalidad y creatividad no quieren decir protagonismo.

El que manda más de la cuenta, no manda en casa. El que no se enfada nunca, al enfadarse, casi nunca tiene razón. Cuando una pareja va en coche y los dos saben conducir, se pelean siempre, y si no pelean, uno de los dos se pone malo de tanto frenar. El orden de los valores lo expresa el producto. Los hombres son más inteligentes, las mujeres más listas.

La convicción se aleja tanto del fanatismo, que consiste en sacrificar las personas a las ideas, como del triunfalismo, que consiste en creer en la fuerza mágica de unas ideas sin necesidad de esfuerzo alguno.

Los hombres que se contentan con “cómos” — meros indicadores de un posible cauce de realización — solamente pueden obedecer normas. En cambio, aquéllos a quienes inquieta “el porqué”, son capaces de encarnar criterios. Los primeros saben dar cuenta de las cosas externas a ellos mismos. Los otros saben darse cuenta, en un acto de apropiación del problema.

En el aula, si no es tonto, el que más aprende es el profesor.

El chismoso habla de los demás; el latoso, de sí mismo; el conversador, de ti; los comerciantes de sus socios; los ladrones, de sus cómplices; los juerguistas, de sus compañeros. Pero las personas sinceras hablan de sus amigos.

Las inquietudes humanas, al no hallar cauce para su formulación, expresión y comunicación, se avinagran, se pudren, se distorsionan. En el fondo del fondo, lo que cada persona quiere es ser tomada en serio.

Quien no considera ni respeta lo que puede haber de verdad y de profundidad en otra persona de sentimientos opuestos, no es una persona cabal. Allí donde el espíritu no puede comprender, debe presentir, y donde no puede presentir, debe creer.

Para mí, lo mejor de la persona es que pueda pensar. Pero las cosas han llegado a tal extremo, que el hombre de hoy parece que sólo es feliz cuando no piensa. Me sorprenden las personas que, al regresar de sus vacaciones, presumen de no haber pensado en nada, cuando precisamente era el momento propicio para haber pensado en todo.

Nosotros mismos somos nuestra mejor obra. Se dice que un hombre a los cuarenta años es responsable de la cara que tiene. Pero durante toda nuestra vida podemos ir esculpiendo los rasgos que nos configuran como personas.

La persona para ejercer de tal debe tener convicción y decisión. La convicción sola produce teóricos, la sola decisión imprudentes.

La persona incide en el mundo con su convicción, impulsa su incidencia con su decisión y la mantiene con su disposición. El mundo, a su vez, incide en la persona,

debilitando su convicción, haciéndole dudar de su decisión, fomentando su desorientación.

Tú quieres, Señor, que cada uno de nosotros tenga para los demás el valor único e incomparable que Tú le adjudicas con ese nombre inconfundible con que sueles llamarlo. La persona no puede fundirse en ninguna totalidad, no puede siquiera entrar a formar parte de ella a simple título de parte. Pues el hombre no es una pincelada del cuadro, es todo un cuadro, al que la Providencia de Dios ha colocado junto a otros cuadros, y que la mirada singular de Dios rescata a cada momento del descrédito, del olvido y de la nada.

La persona tiene cuatros esquinas interiores: la verdad, que es lo que da sentido a la vida; el bien, que es lo que le da gozo; la amistad, que es lo que le da aliento; y el arte, que es la contemplación de la vida. Y tres esquinas exteriores: el amor, el trabajo y la diversión. Lo que ha de lograr la persona es que su actitud corresponda a su aptitud. Esto es fácil, pero tiene que descubrirlo cada uno.

El Movimiento de Cursillos, mediante un método propio y por la gracia de Dios, consigue que las realidades esenciales de lo cristiano se hagan vida en la singularidad, en la originalidad, en la creatividad de la persona. La persona es lo más importante en nuestro Movimiento. Si se descuida este aspecto, se desvirtúa su finalidad y se mutilan sus estructuras.

Ser persona y serlo de manera consciente, exige, requiere y reclama estar pendiente de algo o de alguien, ojo avizor, despierto, y con las manos al volante de su vivir para darse cuenta de lo que sucede. Estar pendiente capacita a la persona para afrontar la existencia, poniendo en juego todas sus virtualidades. Sin embargo, el hombre opta muchas veces por ser dependiente o independiente, con lo cual se sitúa en la sumisión o en la rebeldía.

El hombre dependiente no piensa por sí mismo, el independiente suele pensar siempre mal. Mientras que la persona vive pendiente de los demás, el personaje depende del papel que representa, y la personalidad es independiente así de lo uno como de lo otro.

En cada uno de nosotros existen tres dimensiones a través de las cuales vamos expresando, traduciendo y transparentando nuestro vivir: la persona, el personaje, la personalidad. La persona es lo que de verdad se es. Es el reflejo, la expresión y el brillo de la intención concreta de Dios sobre un ser humano. Ser persona es tener convicción, decisión y saber afirmarlas en la vida. La persona es un “qué”, un valor absoluto.

El personaje es lo que estamos llamados a representar en la vida normal o en las anomalías que se nos presentan. El personaje expresa, traduce y transparenta el “cómo”. Cuando el personaje se come a la persona, resulta algo trágico para el mismo hombre y cómico para los demás.

La personalidad es la capacidad de no olvidar nunca que se es persona, ni siquiera cuando se tiene que ejercer de personaje. Es la facultad de ser siempre uno mismo, aunque sean distintas las circunstancias.

Hace poco, sobre todo en los pueblos, se consideraba que sólo eran personas el médico, el maestro, el cura y algún terrateniente o cacique. Los demás no contaban para nada. Se pensaba que habían nacido para obedecer y actuar de comparsa al servicio del manda- más de turno.